

Carta Pastoral del Sr. Obispo de Jaén

EUCARISTÍA Y CARIDAD:

«SIN COMPARTIR NO HAY EUCARISTÍA»

Jaén, 26 de mayo de 2009

El próximo día 14 de junio celebramos la Solemnidad del Corpus Christi y el Día de la Caridad.

Estos dos elementos esenciales, Eucaristía y Caridad, se encuentran admirablemente ensamblados y desarrollados en la primera Carta Encíclica del Pontífice Benedicto XVI, bajo el título *Dios es amor*.

1. Son muchos los testigos cristianos, de todos los tiempos, que unieron íntimamente su devoción y cercanía al Santísimo Sacramento con su amor a favor, sobre todo, de los más necesitados. El Papa nos recuerda en esta Encíclica varios de estos nombres.

San Juan de Dios decía, en este sentido, que el amor a Dios es pura ilusión si no estamos atentos a la situación del prójimo y, a la vez, advertía que el amor al prójimo podría convertirse en pura filantropía si no se fundamenta en Jesucristo y en el amor a Dios.

Estos dos mandamientos no son dos realidades separadas. El cristiano encuentra en el amor a Dios la fuerza para amar al prójimo y, a la vez, sólo alcanzará su encuentro con Dios si ama de corazón a sus hermanos.

2. Es cierto que el amor de Dios se percibe especialmente desde el conocimiento y contemplación de Jesucristo que, por amor, entregó su vida por la salvación de todos.

Esta entrega de Cristo se perpetúa, en el tiempo, a través de la Eucaristía, en la que nos unimos a Él convirtiéndonos en un solo cuerpo. De esta manera, el amor de Dios y al

prójimo, se fusionan en Jesucristo, realmente presente en la Eucaristía, con una conexión indisoluble entre el mandamiento del amor a Dios y el mandamiento del amor al prójimo.

Así aparece en el texto evangélico de San Mateo, culminación de la parábola sobre el juicio final: *“Entonces los justos le responderán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te acogimos; o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y acudimos a ti? Y el Rey les dirá: En verdad os digo que cuando hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”.* (Mt 25, 37-40)

3. ¡Qué grande y sublime es la presencia eucarística del Señor entre nosotros! ¡Qué admirable misterio de su amor! Pero no lo es menos su presencia vestida de soledad y de harapos en tantos rostros. Ese amor de Cristo en la Eucaristía debe llegar por nuestros corazones a cuantos tienen necesidad de pan, de consuelo, de amor.

No existe, entre los hechos milagrosos narrados en el Evangelio, uno solo que no sea un milagro de ternura, de amor y compasión de Jesús.

A los apóstoles, en ocasiones, como a nosotros, les molestaban los gritos de los pobres y enfermos. A Jesús, no. Y el que les lavó los pies el mismo día en que les dio a comer su cuerpo y a beber de la copa con su sangre, les dijo también, y a nosotros hoy: *“Os he dado ejemplo para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros.”* (Jn 13, 15).

4. En todas las comunidades cristianas, la caridad organizada, se llama CÁRITAS.

Desde el principio de la prolongada historia de la Iglesia ha existido una conciencia clara de esta necesidad y respuesta de la comunidad desde su unión eucarística.

“Se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones... todos los creyentes estaban de acuerdo y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno.” (Hch 2, 42 y 44).

Más adelante se vio la necesidad de una organización para llevar a cabo, con mayor eficacia, la atención a los necesitados y surgió la diaconía como servicio del amor hacia el prójimo. Este fue el origen de las Cáritas parroquiales, interparroquiales o diocesanas, y de tantas instituciones eclesiales a favor del necesitado.

5. *“Dadles vosotros de comer”*

En la escena evangélica de la multiplicación de los panes y los peces, anticipación de la institución de la Eucaristía en el Jueves Santo, Jesús no despidió a la multitud sin comer, con hambre. Podía haber multiplicado el pan sin recurrir a la colaboración de nadie, pero

solicitó la generosidad de aquel joven anónimo que puso a su disposición lo que tenía: cinco panes y dos peces. Con aquella ofrenda hizo el milagro de alimentar a la multitud (cf. Jn 6, 5-15).

Jesucristo ve tantas necesidades que nos mira a ti y a mí. Espera que le prestemos también “algo de lo nuestro”. Él lo multiplicará y nos saciará con creces, conforme a nuestra generosidad, con su amor divino.

Pongamos nuestros “panes y peces”, como aquel joven, en manos de Cáritas, Iglesia de Jesucristo, para luego adorarle en el Santísimo Sacramento y gustar de su presencia.

Con mi saludo y bendición.

✠ RAMÓN DEL HOYO LÓPEZ
OBISPO DE JAÉN